

Desde Washington

Debilidad de los Fuertes

POR LORENZO MEYER

LA ola de información y de emociones que cubrió a Estados Unidos a partir del momento en que se supo que el 14 de junio había sido secuestrado un avión de la TWA en vuelo de Atenas a Roma, sólo pudo ser ignorada por los niños muy pequeños y por los anormales. El ciudadano promedio absorbió más información de la que pudo procesar. Como se sabe, el objetivo del famoso secuestro aéreo realizado por militantes musulmanes chiitas partidarios del ayatola Jomeini, de Irán, era intercambiar a sus rehenes por más de 700 compañeros suyos que se encontraban en la prisión de Atlit, en Israel. Sin embargo, sus implicaciones resultaron ser mucho más profundas que el objetivo inmediato.

Es difícil describir el alud de noticias, imágenes y opiniones que los medios de información norteamericanos llevaron —incluso forzaron— al seno mismo de los hogares. Páginas enteras de periódicos, horas diarias de transmisiones de radio y televisión por 17 días consecutivos, permitieron que la sociedad en su conjunto siguiera paso a paso, sin tregua, las negociaciones entre los captores de 39 estadounidenses y aquellos interesados, por razones muy diversas, en su liberación.

El espectacular interés y debate que la llamada "crisis de los rehenes" produjo —y sigue produciendo— en Estados Unidos, se explica menos por el hecho en sí que por el contexto en que tuvo lugar y por sus implicaciones futuras. El secuestro del vuelo 847 de TWA por un par de chiitas libaneses —una secta minoritaria dentro del Islam, pero con una larga y terrible historia de persecuciones— fue visto dentro de EU como un eslabón más de una larga cadena de desafíos abiertos —y en este caso brutal— que grupos y fuerzas hasta hace poco desconocidas, hacen a la mayor potencia del orbe.

★

EL puñado de milicianos del movimiento Amal, que mantuvieron prisioneros en Beirut a los norteamericanos, prácticamente carecen de poder en términos convencionales —armas, dinero o masas— pero lo adquirieron mediante actitudes suicidas, producto de un tipo de convicción religiosa casi desconocida —e inaceptable— en

las sociedades modernas de Occidente. En Estados Unidos no se está seguro de cómo responder frente a desafíos tan poco convencionales, pero por la intensidad del debate interno, no hay duda de que los chiitas dieron un golpe fuerte y directo en las partes blandas de una gran potencia con intereses globales: en su prestigio.

Todos los grandes imperios se han basado en algo más que la fuerza para mantener su dominio. El ejemplo clásico son unos cuantos miles de funcionarios de su majestad británica gobernando a millones en India. Sin embargo, detrás de lo que hubiera de legitimidad y prestigio de los británicos en India, estaba la idea generalizada entre los

dominados de que cualquier desafío abierto a la autoridad imperial traería como consecuencia inevitable un castigo ejemplar. Cuando a principio del siglo este temor al castigo empezó a desaparecer el prestigio se opacó y el imperio no tardó en pasar a la historia.

El imperio estadounidense, como el soviético, es distinto de otros porque es informal, pero está sustentado en los elementos tradicionales. De ahí la importancia que la administración de Reagan y una buena parte de la sociedad le dan al secuestro del avión de TWA. Según una encuesta publicada hoy (estas líneas las escribí el 3 de julio) una mayoría relativa de los norteamericanos creen que el incidente se resolvió en favor de los secuestradores y en detrimento de Estados Unidos.

★

EL Presidente Reagan ha intentado diluir el impacto del desafío de los musulmanes libaneses, presentando el secuestro como un ataque no al prestigio de Estados Unidos sino a los valores de la civilización. Su discurso ha buscado dar a la reacción futura norteamericana, cualquiera que ésta sea, un valor moral. Desafortunadamente, en el terreno de la ética la situación de Estados Unidos es muy ambigua, pues como toda gran potencia en la historia, en más de una ocasión ha violado sus propias normas de ética política. Efectivamente, de tarde en tarde los norteamericanos han usado el terrorismo contra sus enemigos. Aún están muy

frescas en la memoria mundial las imágenes de My Lai, en Vietnam, para sólo mencionar un ejemplo reciente, pero también está la forma como Estados Unidos llevó a cabo su guerra no convencional en contra de los insurgentes filipinos a fines del siglo pasado, etcétera.

Hay una fuerte presión sobre el Presidente Reagan para que ordene una operación de represalia, no tanto para castigar a las milicias chiítas libanesas, sino para reafirmar dentro de Estados Unidos la imagen de un presidente fuerte que comanda a una nación fuerte, cuyo prestigio nadie debe de poner en duda. Sin embargo, —y esto es lo realmente interesante— también hay voces que recomiendan no dejarse llevar por las emociones. Después de todo, el bombardeo de las montañas de Líbano por el "New Jersey" en 1983 no tuvo ningún resultado, y sus bases morales fueron dudosas en la medida en que pudo afectar a no combatientes. Para quienes expresan este punto de vista, lo mejor que Estados Unidos puede hacer es simplemente aumentar los sistemas de seguridad de sus líneas aéreas, ser más cuidadoso en su política en el Oriente Cercano... y aprender a vivir con las ambigüedades. Ojalá así sea. No se puede ser juez y parte. No se puede hablar con el tono moral de Suiza y, a la vez, estar inmerso en la complejísima política del Oriente Cercano. O lo uno o lo otro.